

»miserias. El venerable Las-Casas observa, hablando de
 »su completa desnudez, que casi parecia que estaban en
 »aquella feliz situacion en que nuestros primeros pa-
 »dres no habian engendrado el pecado original. Hubiera
 »podido añadir, que tambien parecian libres de la pena
 »decretada contra los hijos de Adan, cuyo *pan habia de*
 »*comerse con el sudor de la frente.*»

Repito que al leer las deslumbradoras descripciones que anteceden, casi se llega á lamentar los progresos de la civilizacion. Pero cuando se analizan detenidamente, y haciendo abstraccion de su bello colorido, se fija el hombre pensador en la esencia del cuadro, entonces deja ver un fondo oscuro que contrasta con la esplendidez del traje con que se le ha vestido. Entonces desaparece la embellecedora poesía, y se presenta sin adornos la severa realidad. Entonces se ve que, aunque sus rios y costas abundasen en peces, se verian precisados á ir á la penosa pesca para adquirirlos, como van en las costas de los países civilizados los pobres pescadores; que las raíces alimenticias de que hacian el pan no se producian sino por medio del cultivo, y que, á proporcion del trabajo que cada uno emplease, así seria la mas ó menos abundancia de sus alimentos para satisfacer su necesidad y la de su familia, teniendo que existir, en consecuencia, el tuyo y el mio. Analizando filosóficamente la verdadera posicion de los habitantes de aquellas islas, vemos desaparecer su individual independencia, con la sumision absoluta hácia sus caciques, cuya voluntad era la ley; participar de la pena decretada contra los hijos de Adan, haciendo y componiendo sus redes para pescar, y *comer el pan con el sudor*

de la frente; estar, lejos de que «nada les inquietase», vigilando de continuo la costa, por si alguna contraria tribu se acercaba á su isla; y, con frecuencia, al estar «bailando en sus aromáticas arboledas al son de los cantos nacionales ó de la ruda voz del tamboril silvestre», huir desparvoridos de los feroces caribes, para no caer en su poder y servirles de alimento.

Pero aunque tuviesen pocas necesidades, éstas se hallaban en relacion con los pocos elementos que á la vez tenia la isla para atender á ellas. Carecian de toda clase de cuadrúpedos, de semillas y de instrumentos de labranza, y fácilmente se concibe que, siendo escasos los recursos, algunas horas tendrian que dedicar al trabajo, para conseguir diariamente el alimento de la familia.

Exámen entre la vida del indio supuesta por los poetas y la real. Este es el dibujo exacto que corresponde al cuadro. La seguridad es el primer bien del hombre, y de esa seguridad carecian los habitantes de aquellas islas, amenazados de continuo por las tribus caribes. Respecto de su felicidad, porque se conformaban con lo poco que tenian, puede decirse que era una felicidad negativa; la felicidad de la ignorancia que todo lo desconoce.

Si el satisfacer las muy precisas necesidades de la vida, alimentándose de lo que se encuentra, durmiendo bajo de un árbol con el traje que le dió la naturaleza, vagando por las selvas y los campos incultos sin dejar grabadas en signo ninguno sus ideas, sus pensamientos, sus afectos, constituyese la felicidad, nadie poseeria ese bien precioso, en grado mas completo, que los animales silvestres que libres recorren los campos, sin leyes, sin jefe ninguno á

quien obedecer, sirviéndoles de lecho el sitio en que les sorprende la noche, comiendo donde el apetito les indica, y sin el cuidado de velar por los bienes que les brindan en sus frutas y en sus yerbas las campiñas.

Pero esa existencia muelle y blanda, agena de cuidados y de leyes, sin sujecion á nada y á ninguno, libre del tuyo y el mio, no es mas que una bella suposicion, mas llena de poesía que de verdad. La existencia de un cacique indica autoridad; y donde existe la autoridad, la obediencia de los que la reconocen es un hecho inconcuso. La custodia de gente armada, puesta por Guacanagarí para guardar los efectos salvados de la carabela encallada, evidencia que no todos respetaban las cosas ajenas y que habia cierta policía que velaba para hacer respetar el tuyo y el mio. Porque se hallaba precisamente establecido ese *tuyo* y *mio*, se afanaban los que no poseian ninguno de los juguetes de los españoles, en adquirir, á cambio de piececitas de oro, los cascabeles y cuentas de vidrio que otros indios poseian ya en propiedad, protegida por la autoridad.

Las poéticas descripciones, mas seductoras que filosóficas, han hecho mucho daño á la verdad histórica, induciendo á errores lamentables de que han surgido polémicas mas apasionadas que sinceras, menos persuasivas que irritantes, entre escritores de diversas nacionalidades. Por eso es un deber fijar los hechos, despojándolos del brillante ropaje de la fascinadora poesía, para que, cada lector, viéndolos desnudos de todo adorno, pueda apreciarlos en lo que son.

Guacanagarí estuvo muy atento con sus huéspedes, y se esmeró en divertirles y obsequiarles. Acabada la comida,

invitó á Colon á pasearse por las espesas arboledas que rodeaban su mansion y que presentaban una vista deliciosa. El paisaje no podia ser mas seductor. El almirante contemplaba la exuberante naturaleza con asombro y admiracion, y se complacia en hablar con sus compañeros de la belleza de la isla y del suave carácter de sus habitantes.

Guacanagarí, seguido de sus consejeros y de mas de mil indios, todos desnudos, marchaba al lado del almirante, enseñándole los sitios mas curiosos y pintorescos. Al llegar á un hermoso bosque, en medio del cual habia un espacioso círculo, formando una especie de plazoleta, se sentaron debajo de los copudos árboles, y el cacique mandó á los indios que ejecutasen, en el espacio indicado, algunos juegos y danzas para divertir á sus huéspedes.

Los españoles gozaron mucho, observando las costumbres sencillas y originales de los isleños. Colon, queriendo á su vez presentar á Guacanagarí otro espectáculo que le sorprendiese y le diera á conocer el poder de la gente que á sus órdenes tenia, mandó á los marineros que trajesen de la carabela algunos arcabuces que entregó á los mejores tiradores. Guacanagarí miraba con sorpresa la facilidad con que manejaban los españoles aquellas armas, y preguntó el uso que se hacia de ellas. Colon señaló entonces al mas notable por su buena puntería, que disparase el arcabuz sobre una rama que estaba cubierta de hojas. El arbucero tendió el arma, disparó, y un pedazo de la rama vino al suelo con algunas hojas.

La detonacion y el fogonazo inesperados, hicieron estremecer á los indios, y Guacanagarí creyó que sus huéspedes eran *hijos del trueno*.

Conociendo Colon el terror que en el cacique habia producido el estrago causado por el arcabuz, le calmó, diciéndole que aquellas armas únicamente las usarian los españoles para defender á Guacanagarí y á sus vasallos, de los temibles caribes, evitando así que volbiesen á la isla por cautivos.

El cacique sintió henchido de júbilo su corazon al escuchar aquellas palabras que le prometian la seguridad contra sus enemigos, y manifestó con demostraciones expresivas su profunda gratitud.

Colon conviene con el cacique el dejar en la isla una fuerza española. La buena disposicion del cacique en admitir por sus defensores á los españoles, y el deseo de dejar en la isla establecida una colonia que pudiese estudiar las producciones de ella, animó á Colon á proponer á varios de las dos tripulaciones á quedarse, en tanto que él, con los demás, volvía á España á poner en conocimiento de los Reyes Católicos todo lo acontecido en la expedicion.

El distinguido aprecio que el cacique Guacanagarí y todos sus vasallos hacian de los españoles; la veneracion con que les veian y el cariño con que les trataban en cualquier cabaña en que entraban, fueron motivos poderosos que inclinaron á muchos á admitir, con gusto, la proposicion del almirante.

Colon manifestó, por señas, al cacique Guacanagarí que dentro de pocos dias partiria de la isla para ir á España; pero que para defenderle de los caribes, le dejaria, si era gustoso en ello, parte de su gente, durante su ausencia, que no seria larga. Guacanagarí manifestó una alegría sin límites al escuchar la proposicion del almirante, y la ad-

mitió, considerándola como el favor mas distinguido á que podia aspirar.

Construccion de la fortaleza de la Navidad. Inmediatamente se dispuso hacer una fortaleza con el casco y maderámen de la carabela destrozada, y se dió principio á la obra con actividad extraordinaria. Los indios, participando del contento de su señor por la permanencia de los españoles en la isla para defenderlos de los caribes, ayudaron á levantar la fortaleza, que en breves dias se miró terminada.

Casi cuando habian dado principio á la obra, se acercaron unos indios á Colon, avisándole que se veia un barco igual á los que él traia. El almirante comprendió que era la *Pinta*, mandada por D. Martin Alonso Pinzon. Inmediatamente dispuso una gran canoa tripulada con vasallos de Guacanagarí; escribió una carta á Pinzon, diciéndole donde se hallaba, sin darle queja ninguna de la irregular conducta que habia observado, y la entregó á uno de los españoles que marchó en la canoa con los indios. Despues de haber andado por espacio de tres dias recorriendo diversos puntos, volvió la canoa sin haber podido encontrar á la *Pinta*.

Colon se inquietó con aquella noticia. Sospechó que Pinzon trataba de llegar á España antes que él, para llevar la gloria de haber sido el primero en anunciar á los reyes el descubrimiento del Nuevo-Mundo en que habia sido uno de los importantes actores, y tal vez indisponerle con los soberanos. Este pensamiento le hizo activar mas y mas la terminacion del fuerte, que á los diez dias quedó concluido. La fortaleza de la Navidad, que fué el

nombre que se le dió, presentaba una vista pintoresca que llamaba la atención de los indios.

Durante su construcción, Guacanagarí fué á visitarle varias veces, dándole pruebas constantes de un aprecio íntimo y verdadero. Una de las veces en que el almirante fué á pagar las visitas de su excelente amigo, salió Guacanagarí, acompañado de otros cinco caciques tributarios, y le condujo á una casa que tenía dispuesta para alojarse siempre que Colón iba á verle. Guacanagarí le presentó un asiento bajito para que descansase; y cuando le vió sentado, se quitó la corona de oro que llevaba en la cabeza y la colocó en la del almirante. Colón, conmovido, se quitó un hermoso collar de cuentas que adornaba su cuello, y se lo puso al cacique; le ciñó el dedo con un precioso anillo de plata, metal de más valía para los indios que el oro, por no existir en la isla; colocó sobre sus hombros un manto de fina y delicada tela, y le regaló un par de botas de color, de graciosa hechura, que acabaron de llenar de satisfacción el alma agradecida del obsequiado cacique.

La víspera de su partida para España, Colón recomendó á los que se quedaban, que observasen una conducta digna con los hospitalarios hijos de la isla, y que guardasen las más altas consideraciones al cacique Guacanagarí, cuya generosidad para con ellos no había tenido límites. Todos prometieron obsequiar los deseos del almirante, conservando con los habitantes de la isla una amistad franca y leal.

Quedó mandando la colonia, que se componía de treinta y nueve individuos, el capitán D. Diego de Arana, natural de Córdoba, hombre valiente y afable, que reunía á

la energía, la prudencia y los nobles sentimientos de humanidad. Para que le sucediesen en el mando, en el desgraciado caso de que muriese, quedaron nombrados don Pedro Gutierrez y D. Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia.

Nada descuidó Colón con respecto á la reducida colonia que se quedaba en la isla. Dejó en la fortaleza de madera, víveres para un año, de los traídos de España, mosquetes, un cañoncito, espadas, municiones y cuanto juzgó conveniente para la seguridad de los colonos.

Parte Colón para España. Durante la construcción del fortín de la Navidad, Colón, queriendo presentar á los Reyes Católicos, al volver á España, una muestra de las producciones de los países descubiertos, cargó de algodón y pimienta la pequeña carabela, y reunió todo el oro que le fué posible, que, aunque poco, serviría para probar la existencia de ricas minas en las islas.

Dispuesta la carabela para la marcha, lo mismo que los indios de ambos sexos que llevaba para que fuesen conocidos por los soberanos, el almirante se despidió del cacique Guacanagarí, le regaló algunos objetos, como memoria de su amistad, y le demostró su profunda gratitud por las atenciones que durante su permanencia en la isla había prodigado á los españoles.